

## FOUCAULT TAL COMO BLANCHOT LO IMAGINA. OBSERVACIONES FILOSÓFICAS SOBRE EL CONCEPTO DE INTERNAMIENTO

### *Foucault as Blanchot Imagines him. Remarks on the Philosophical Concept of Confinement*

Serge Margel<sup>1</sup>

**Resumen:** El presente texto interroga red textual que enlaza la “palabra plural”, noción que Blanchot aplica a la filosofía, a la figura foucaultiana de la exclusión de la locura. Se trata precisamente de una red y no cadena, pues no hay una sola dirección. Los textos se remiten unos a otros. Así, por ejemplo, en *El pensamiento del afuera*, Foucault, citando a Blanchot, concluye que la “palabra del afuera que acoge en sus palabras el afuera al que se dirige” (1966, 529-530). Ahora bien, ¿qué quiere decir un afuera sin adentro?, ¿qué significa una exterioridad pura y en qué medida puede el lenguaje filosófico hacer de ello su pregunta más profunda? La respuesta, al menos provisoria, puede encontrarse en los dos textos que Blanchot dedicó al pensamiento de Foucault: “El gran encierro”, en *La conversación infinita* (1969), y *Michel Foucault tal como lo imagino* (1986), ambos centrados en la noción de locura desarrollada por Foucault. Lo que de este modo está en juego es la relación entre el pensamiento del Afuera y definición de locura articulada por Foucault en su *Historia de la locura en la época clásica*.

**Palabras clave:** Michel Foucault, locura, escritura, afuera, Maurice Blanchot, libertad

**Abstract:** The present article aims to interrogate the complex textual web that Blanchot's and Foucault's texts wove, unwove and reweave. A web and not a chain, since there is not only a one-way influence: every text sends to others. For instance, in *The thought of the outside*, Foucault, quoting Blanchot, writes: “Speech from outside whose words welcome the outside it addresses » (1966, 529-530). But what does it mean an outside without inside? And what it is a pure exteriority, and how is it that possible to philosophical language to take this as its deeper question? The answer, at least a provisional one, is to be found on the two texts that Blanchot wrote about Foucault's thinking: “The great confinement”, in *The infinite conversation* (1969), and *Michel Foucault as I imagine him* (1986), both focused on the notion of madness developed by Foucault. What is at stake is the connection between the thought of the Outside and the definition of madness articulated by Foucault in *History of Madness*.

**Keywords:** Michel Foucault, madness, writing, outside, Maurice Blanchot, freedom

---

<sup>1</sup> Filósofo e investigador del Fondo Nacional Suizo para la Investigación Científica. Ha sido profesor de la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Es autor de una amplia y variada obra, en la que destacan: *Le tombeau du dieu artisan. Sur Platon* (Éditions de Minuit, 1995), *Le Silence des prophètes. La falsification des Écritures et le destin de la modernité* (Galilée, 2006), *La société du spectral* (Nouvelles Éditions Lignes, 2012) y *Les Archives fantômes. Recherches anthropologiques sur les institutions de la culture* (Nouvelles Éditions Lignes, 2013). En castellano está disponible *Alienación: Antonin Artaud. Las genealogías híbridas* (Ediciones Metales Pesados, 2016)

*En la época clásica, el manicomio surgió como una nueva manera de ver y hacer ver a los locos, muy diferente a la que existía en la Edad Media, en el Renacimiento. Y la medicina, pero también el derecho, la reglamentación, la literatura, inventan un régimen de enunciados concernientes al desvarío como nuevo concepto. Si los enunciados del siglo XVII inscriben la locura como el grado extremo del desvarío, el manicomio o internamiento la engloba en un conjunto que junta a los locos con los vagabundos, los pobres, los ociosos, todo tipo de depravados: se produce ahí tanto una evidencia, percepción histórica o sensibilidad, como un régimen discursivo.*

Gilles Deleuze, Foucault

## I

Para Blanchot, los lugares de la filosofía se multiplican en el movimiento de la lectura. Blanchot es un gran lector de filósofos: de los antiguos, de los modernos y de los contemporáneos. Para él la filosofía es, en primer lugar, un lenguaje, una palabra, una escritura. En “La palabra plural. Palabra de escritura”, texto que abre *La conversación infinita*, habla de una lengua filosófica o de un lenguaje de la búsqueda. Blanchot no quiere hacer filosofía ni quiere confrontar filosofía y literatura, filosofía y política o ética, sino comprender cuál es la pregunta que se plantea la filosofía, aquella a la que su lenguaje debe responder. Ahora bien, esta pregunta no corresponde a una proposición afirmativa, negativa o interrogativa, sino a una exigencia de discontinuidad, de disimetría y de ruptura. Cito un pasaje de “La palabra plural”:

Una de las preguntas que se le plantean al lenguaje de la búsqueda está, entonces, ligada a esa exigencia de una discontinuidad. ¿Cómo hablar de tal manera que la palabra sea esencialmente plural? ¿Cómo puede afirmarse la búsqueda de una palabra plural, fundada no en la igualdad y la desigualdad ni en la predominancia y la subordinación, tampoco en la mutualidad recíproca, sino en la disimetría y la irreversibilidad, de manera tal que, entre dos palabras, una relación de infinitud esté siempre implicada como el movimiento de la significación misma? O, incluso, ¿cómo escribir de tal manera que la continuidad del movimiento de la escritura pueda dejar intervenir fundamentalmente la interrupción como sentido y la ruptura como forma? Por el momento, diferiremos el acercamiento a esta pregunta. Solo subrayaremos que todo lenguaje en el que se trata de interrogar y no de responder es un lenguaje ya interrumpido, e incluso, más aún, un lenguaje en el que todo comienza con la decisión (o la distracción) de un vacío inicial (1969, 9).

La pregunta que se le plantea a la filosofía no trata sobre la ordenación de conceptos, sino sobre el “movimiento de la escritura”. No se trata de preguntarse qué es esto o aquello, cuál es la esencia o la definición de algo, sino en qué consiste una escritura filosófica. ¿Qué hay de la escritura en filosofía, para la filosofía? Blanchot habla de una exigencia de discontinuidad. Por una parte, en la palabra filosófica, esta

exigencia implica una “pluralidad”, una disimetría irreversible que inscribe entre dos palabras un vacío infinito; un inacabamiento irreductible, llega a decir Blanchot en el texto que viene a continuación y que se titula “La pregunta más profunda”: “La pregunta sería el lugar en el que la palabra se da siempre como inacabada” (1969, 14). Inacabada, siempre suspendida o a la espera de una respuesta que nunca pondrá fin a la espera, respuesta que el texto señala como “la pregunta de la pregunta” (16). Ahora bien, del lado de la escritura filosófica, esta pregunta o exigencia de discontinuidad implica “la interrupción como sentido y la ruptura como forma” (9). La pregunta vuelve inacabada la palabra e interrumpe la escritura, presas la una y la otra en un movimiento de discontinuidad. Blanchot, siempre en “La pregunta más profunda”, habla de un “salto”:

Cuestionar es hacer un salto en la pregunta. La pregunta es ese llamado a *saltar* que no se deja atrapar en un *resultado*. Hace falta un espacio libre para saltar, hace falta un suelo firme, hace falta un poder que, a partir de la inmovilidad segura, transforme el movimiento en brinco. Es la libertad de cuestionar la que es salto a partir y fuera de toda cerrazón. Pero en la profundidad de la huida en la que cuestionando huimos no hay nada seguro, nada cerrado. Todo está ya colmado por nuestra huida misma (24-25).

La pregunta más profunda que se le plantea al lenguaje de la filosofía no es la del ser, sino la de la huida. La palabra plural, como la escritura interrumpida, es una manera de huir o de sustraerse, un modo de dispersión o desaparición que realiza lo que Blanchot llama “la pura exterioridad”, ese “afuera” que precede a toda interioridad (1969, 625) o ese espacio sin refugio: “La huida es el engendramiento del espacio sin refugio”. Quizá, para Blanchot, la filosofía no tiene un objeto, como la pregunta por el ser o la existencia de Dios, pero sí sus lugares –el espacio sin refugio–, sus formas –la escritura interrumpida– y sus modalidades de cuestionamiento específicas, como la espera infinita o el salto al vacío. La filosofía constituye ese lenguaje de la ruptura mediante el cual se engendra una exterioridad sin relación, sin medida ni correlación con la interioridad, con el adentro, con el silencio, con el secreto de la palabra interior, esa de Platón y de Agustín. La palabra plural, filosófica, es una palabra que viene desde la exterioridad. Son palabras que no hablan, escribe Blanchot en *Aquel que no me acompañaba*:

No hablan, no son interiores. Al contrario, estando totalmente afuera son sin intimidad y lo que designan me implica en ese afuera de toda palabra, aparentemente más secreto y más interior que la palabra del fuero interno. Pero aquí el afuera está vacío, el secreto es sin profundidad, lo que es repetido es el vacío de la repetición. Eso no habla y sin embargo siempre ha sido dicho (1953, 136-137).

Michel Foucault, citando este texto en “El pensamiento del afuera”, publicado en 1966 y consagrado a Blanchot, evoca esa “palabra del afuera que acoge en sus palabras el afuera al que se dirige” (1966, 529-530). Pero ¿qué quiere decir un afuera sin adentro?,

¿qué significa una exterioridad pura y en qué medida puede el lenguaje filosófico hacer de ello su pregunta más profunda? Avanzaré en este cuestionamiento leyendo dos textos de Blanchot sobre Foucault: primero “El gran encierro”, en *La conversación infinita*, y luego *Michel Foucault tal como lo imagino*, publicado en 1986 como libro-homenaje.

## II

Comienzo citando el largo pasaje que abre “El gran encierro” para luego comentarlo:

La relación del deseo con el olvido como la relación con lo que se inscribe previamente fuera de la memoria, relación con aquello de lo que no puede haber recuerdo y que siempre se adelanta, borra la experiencia de una huella, ese movimiento que se excluye y mediante esta exclusión se designa como exterior a sí mismo requiere así una exterioridad nunca articulada: inarticulada. Pero esa *inarticulación del afuera* es sin embargo la que parece ofrecerse en la más cerrada de las estructuras, aquella que hace del internamiento una estructura y de la estructura un internamiento, cuando por una decisión abrupta el decir (el de una cierta cultura) aparta, distancia, *prohíbe* aquello que lo excede. Encerrar el afuera, es decir, constituirlo como *interioridad* de espera o de excepción, tal es la exigencia que conduce a la sociedad, o a la razón momentánea, a hacer existir la locura, es decir, a volverla *posible*. Exigencia que ahora se nos ha vuelto casi clara después del libro de Michel Foucault, libro en sí mismo extraordinario, rico, insistente y, por sus necesarias repeticiones, casi un desvarío (y como se trataba de una tesis de doctorado, hemos asistido a ese significativo choque entre la universidad y el desvarío). En ese libro, recuerdo en primer lugar qué idea marginal ha venido a la expresión: no tanto la historia de la locura como un bosquejo de lo que podría ser “una historia de los *límites*, de esos gestos oscuros, necesariamente olvidados desde que son llevados a cabo y mediante los cuales una cultura rechaza algo que para ella será el Exterior”. A partir de allí, en el espacio que se establece entre locura y desvarío, debemos preguntarnos si es verdad que la literatura y el arte podrían acoger esas experiencias límite y preparar así, más allá de la cultura, una relación con lo que la cultura rechaza: palabra de los confines, fuera de la escritura (1969, 291-292).

Mediante esa referencia a Foucault, Blanchot quiere ligar la experiencia de la exterioridad pura, “nunca articulada”, a la noción de locura o a las posibilidades de existencia de la locura. El problema que plantea concierne a la pregunta más profunda del lenguaje filosófico. La pregunta discurre sobre la exigencia de discontinuidad y de ruptura que abre ese “afuera” sin adentro. Pero lo que dice Blanchot del afuera es decisivo y, en particular, para la filosofía, incluso si el término no aparece ni aquí y en ninguna otra parte del texto. Por un lado, el afuera es inarticulado, sin relación, sin lazo, como trascendiendo toda oposición entre un afuera y un adentro, entre palabra proferida y palabra interior. Por otro, ese afuera inaccesible, inalcanzable, irrepresentable se vuelve tangible o significativo mediante un acto del discurso. Blanchot

habla de una “decisión abrupta del decir (el de una cierta cultura)”, la nuestra, en la época clásica de una nueva racionalidad. La *Historia de la locura en la época clásica* de Foucault es el análisis de ese discurso. El análisis de las decisiones, de los enunciados y sus condiciones, que han llevado a los discursos, a los filósofos, médicos y juristas a “encerrar el afuera”, es decir, a “constituirlo como *interioridad*” (Blanchot 1969, 292).

Ahora bien, según Blanchot, el libro de Foucault mostró que ese encierro del afuera, esa medida de la exterioridad en interioridad, solo es posible haciendo existir a la locura. Blanchot subraya palabras fuertes: encerrar, internar, prohibir. El discurso “pone aparte, distancia, *prohíbe* aquello que lo excede” (1969, 292). Y puede evocarse aquí esa “prohibición del derecho a desaparecer” (1986, 36) de la que habla Blanchot en *Michel Foucault tal como lo imagino*<sup>2</sup>. Pero ¿cómo comprender esa afirmación? Lo que excede al discurso está prohibido. ¿Y qué quiere decir aquí prohibir? ¿Es una decisión legal, un argumento moral? Siempre se habrá prohibido, excluido, sustraído “la parte sombría de la humanidad” (Blanchot 1969, 292). Leprosos, pobres, presidiarios y cabezas alienadas habrán siempre sido objeto del encierro y, de cierta manera, de una prohibición. Ahora bien, en la modernidad clásica ese encierro por prohibición se llama *internamiento*. Término reciente, que no aparece antes de la mitad del siglo XVIII y que designa no solo la acción de encerrar a alguien, a un loco o a un criminal, sino, sobre todo, la de reconstituir la interioridad de una exclusión. Es “interno” el condenado que vive en el interior de un espacio sustraído de la sociedad. El interno encarna el adentro del afuera. Representa la interioridad de un afuera encerrado sobre sí mismo.

El internamiento determina la categoría “moderna” del encierro y el interno constituye la prohibición que cae sobre el alienado. El internamiento es la “decisión abrupta” del discurso moderno ante aquello que lo excede. Pero es también la “exigencia”, escribe Blanchot, “que conduce a la sociedad, o a la razón momentánea, a hacer existir la locura” (1986, 292). Dos exigencias se confrontan, dos exigencias del discurso filosófico, entre una discontinuidad, una disimetría, una ruptura y un internamiento, una prohibición, una interioridad. Es toda la historia de la filosofía moderna, de Descartes a Kant, la que se entremezcla acá con la historia del internamiento, otro nombre para una historia de la filosofía en la época clásica. Otro nombre o casi, porque habría que embarcarse en una verdadera historia filosófica, incluso teológico-política del internamiento y de la alienación en el sentido moderno del término. Una historia que abre a una cierta idea de la soberanía, el libre arbitrio y la libertad de pensar:

Pero, (...) como dice Michel Foucault, el hecho de que sea “una cierta libertad de pensamiento la que da su primer modelo a la alienación del espíritu” contribuirá a mantener la fuerza secreta del concepto moderno de alienación (Blanchot 1969, 295).

---

<sup>2</sup> Blanchot habla “de las minuciosas indagaciones que, desaparecida ya la peste, servirán para impedir el vagabundeo (el derecho a ir y venir de ‘la gente de a pie’), hasta *prohibir el derecho a desaparecer* que nos es rechazado todavía hoy bajo una forma u otra” (1986, 36). El subrayado es mío.

### III

Alienado es un término más antiguo que interno, consagrado por la filosofía y la medicina desde el siglo XIV para designar a “aquel que está privado de razón”. Ahora bien, ya en latín el término *alienus*, de *alius*, quiere decir extranjero, lo que pertenece a otro y, por extensión, se pasa muy rápido a lo que es hostil, lo que molesta o excede. El *aliena mens* o alienado es aquel cuyo espíritu incómodo incomoda a la razón. Es aquel cuyo espíritu vuelve la razón ajena a sí misma. Como un extranjero que incomoda por su diferencia y su alteridad, el espíritu alienado priva a la razón de su poder de libertad y de su soberanía. Es la definición de Foucault, retomada por Blanchot, del concepto moderno de alienación. Es alienado aquel cuya razón está privada de su libertad de pensamiento. Estar privado de razón no quiere decir, en este sentido, no razonar, sino ya no poder pensar libremente. No es la facultad mental del razonamiento la que está en juego, la *intellectio* escolástica, mediante la cual el espíritu vuelve inteligible las cosas, los términos o los conceptos, sino la capacidad de hacer uso de esta *intellectio*, de decidir, de juzgar y de estimar en total soberanía o libertad las condiciones de ese uso. Aquel que puede decidir sobre ese uso no solo es libre de pensar, sino que es libre de decidir quién puede pensar libremente y, entonces, capaz de plantear o de imponer los límites entre razón y desvarío.

La libertad no es nada más que un poder soberano de poner límites cognitivos al espíritu. Es imponerle al espíritu límites que lo dividen no ya entre un adentro y un afuera, como en Platón y su discurso interior, ese que el alma mantiene consigo misma, sino inscribiendo el afuera en el adentro o constituyendo la exterioridad en interioridad. Es lo que Blanchot llama “encerrar el afuera”, lo que lleva a la sociedad a hacer existir la locura. Uno se acuerda de Foucault, citado al comienzo de “El gran encierro”. La historia de la locura sería “una historia de los *límites*, de esos gestos oscuros, necesariamente olvidados desde que son llevados a cabo, mediante los cuales una cultura rechaza algo que para ella será el Exterior” (Blanchot 1969, 292). Esta historia de los límites, o de las experiencias límite de Blanchot, es la historia de la alienación moderna como nueva constitución de la exterioridad, nueva manera de separar el afuera y el adentro, encerrando el adentro mediante ese gesto instaurador del internamiento. Lo hemos visto, el internamiento es un término más reciente que la alienación y el encierro de los alienados. Es un término que emerge de una ruptura en la comunicación entre dos tipos de alienación, la moral y la patológica:

La comunicación que hasta la reforma de Pinel representaba la puesta en contacto de seres de desvarío y seres sin razón, ese diálogo silencioso entre locura relacionada con lo licencioso y locura relacionada con la enfermedad, se rompe. La locura gana su especificidad, se vuelve pura y simple, cae en la verdad, renuncia a la extrañeza negativa y toma lugar en la tranquila positividad de las cosas por conocer (Blanchot 1969, 296).

El internamiento es un efecto de ruptura entre dos tipos de alienación o dos maneras de estar privado de razón. Es el efecto de una ruptura instauradora que produce las condiciones de posibilidad “de una locura pura y simple” o que determina los criterios de especificidad de una locura puramente patológica y médica. La locura deviene exclusivamente psíquica, pura perturbación mental, pura desregulación de una libertad de pensar. Ahora bien, esta especificidad psíquica de la alienación va a producir una nueva forma de exceso para un nuevo tipo de exclusión mediante el internamiento o la interiorización del exterior. Desde ahora, el afuera trae consigo un adentro específico, cuya única función consiste en encerrar ese afuera. Pero ¿cómo definir ese nuevo “pensamiento del fuera” que, dice Blanchot, conduce a la prohibición de desaparecer? En su “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, Lévi-Strauss habla sobre un invariable antropológico de la alienación:

En toda sociedad, entonces, será inevitable que un porcentaje (por lo demás variable) de individuos se encuentre puesto, si se puede decir así, fuera del sistema o entre dos o varios sistemas irreductibles. A estos el grupo les pide e incluso exige figurar cierta forma de compromisos irrealizables en el plan colectivo, realizar transiciones imaginarias, encarnar síntesis incompatibles. En todas esas conductas en apariencia aberrantes, los “enfermos” entonces no hacen sino transcribir un estado de grupo y volver manifiesta tal o cual de sus constantes. Su posición periférica respecto de un sistema local no impide que, al igual que él, sean parte integrante del sistema total. Más exactamente, si no estuvieran esos testigos dóciles, el sistema total correría el riesgo de desintegrarse en sus sistemas locales. Puede decirse entonces que, para cada sociedad, la relación entre conductas normales y conductas especiales es complementaria (...). Pero si nuestra hipótesis es exacta, se seguiría que las formas de perturbación mentales características de cada sociedad, y el porcentaje de individuos infectados, son un elemento constitutivo del tipo particular de equilibrio que le es propio (1950, XX).

El texto de Lévi-Strauss permite repensar la noción de internamiento como nuevo tipo de exclusión en las sociedades modernas, nueva separación entre adentro y afuera, normales y anormales, razón y locura. De acuerdo con una ley antropológica invariable, la exclusión sirve siempre para transcribir un límite que el grupo no puede ni pensar ni experimentar sin destruirse. El excluido debe encarnar “síntesis incompatibles para la sociedad”, debe “realizar transiciones imaginarias”, que protejan a la sociedad de sí misma. Mediante su cuerpo propio, el lugar en el que se encuentra y el rol que juega en el grupo debe ser testimonio de un estado límite de la sociedad. Blanchot, lo hemos visto, habla de experiencia límite a la vez como lugar de internamiento y destino de la literatura:

A partir de lo cual, en el espacio que se establece entre locura y desvarío, debemos preguntarnos si es verdad que la literatura y el arte podrían acoger esas experiencias límite y así preparar, más allá de la cultura, una relación con lo que la cultura rechaza: palabra de los confines, fuera de la escritura (1969, 291-292).

La literatura, el arte y la palabra plural del lenguaje filosófico estarían allí para *preparar* una relación con lo que la cultura rechaza, con lo que esta excluye y prohíbe.

Ahora bien, el internamiento es un modo específico de exclusión que transcribe experiencias límite. No se trata, simplemente, de distanciar a los individuos indeseables, de echarlos afuera o de encerrarlos en un asilo, una prisión, un hospital, sino, en realidad, de encerrar el afuera mismo para que se vuelva el interior de una espera o de una excepción. La experiencia límite de la que habla Blanchot discurre sobre ese nuevo afuera vuelto el adentro, el interior o el corazón de lo que excede el discurso de la modernidad. En otros términos, ese lugar de las experiencias límite y del exceso, que la filosofía debe pensar, vuelve posible la locura como la *imposibilidad* misma del pensamiento o del libre pensamiento. Blanchot habla de una lengua de la locura de Goya, de Sade, de Hölderlin, de Nietzsche o de Artaud. Evoca esas existencias:

Cada una de ellas, a su manera que no es nunca la misma, nos reconduce hacia la pregunta que ha abierto la elección de Descartes en la que se define la esencia del mundo moderno: si la razón, ese pensamiento que es poder, excluye la locura como la *imposibilidad* misma, allí donde el pensamiento busca experimentarse más esencialmente como un poder sin poder, buscando poner en entredicho la afirmación que la identifica únicamente con la posibilidad, ¿no debe acaso retirarse de alguna manera de él mismo y dirigirse desde el trabajo mediador y paciente a una búsqueda confusa, sin trabajo y sin paciencia, sin resultado y sin obra? ¿Podría acaso llegar a eso que es tal vez la dimensión última sin pasar por aquello que llamamos locura y, pasando por ella, caer en ella? O, incluso, ¿hasta qué punto puede el pensamiento mantenerse él mismo en la *diferencia* entre desvarío y locura, si eso que se manifiesta en la profundidad del desvarío es el llamado de la *indiferencia*: lo neutro, que es también diferencia misma, lo que (no) se diferencia en nada? (1969, 296-297).

Este texto nos permite articular la lógica del internamiento y la exigencia del pensamiento o de la filosofía. Permite, sobre todo, situar el lugar de las experiencias límite entre el internamiento y el desobramiento, entre esa decisión de encerrar el afuera, que vuelve posible la locura como la imposibilidad del pensamiento, y esa atracción hacia la desaparición de la obra, “allí donde nunca nada se ha hecho del ser” (Blanchot 1969, 297). Para Blanchot, el internamiento como modalidad moderna de la exclusión vuelve posible la imposibilidad del pensamiento. Desde que se encierra la exterioridad se crea un nuevo campo de internamiento para el pensamiento. Una interioridad imposible de pensar, inaccesible y prohibida. Ante los límites sociales o colectivos de una “cierta libertad de pensamiento”, la exclusión mediante internamiento juega el rol de transcripciones incompatibles o de transiciones imaginarias, según los términos de Lévi-Strauss. Encarnando ese afuera, el interno transcribe el estado límite del grupo o el punto límite de la desintegración colectiva. El interno es aquel que vuelve posible, para el grupo, la imposibilidad de pensar su límite o de decir aquello que lo excede sin prohibirlo. Como la muerte en Heidegger, el internamiento para Blanchot es la *posibilidad de lo imposible*. El interno representa la experiencia límite del pensamiento que vuelve posible lo imposible como locura o desvarío del pensamiento. Pero es también la tarea y la exigencia de la filosofía pensar ese imposible *como tal* o



como condiciones de posibilidad del pensamiento moderno, del libre pensamiento y de su soberanía.

Para Blanchot, esta exigencia filosófica del pensamiento constituye el trabajo de la desaparición. Es el trabajo de escritura o el movimiento de la obra que no se cumple más que desapareciendo: “[L]a obra es el movimiento que nos lleva hacia el punto puro de la inspiración del que viene y al que pareciera no poder alcanzar más que desapareciendo” (1959, 283). La filosofía no es solo una disciplina, un saber, una enseñanza, sino, primero y ante todo, la historia de una exigencia de escritura que interrumpe su propio desarrollo para inscribir allí la pregunta más profunda de las experiencias límite. No es ya la pregunta por la esencia, ni siquiera la pregunta por la existencia la que cuenta, tampoco la pregunta por el ser y la nada. Lo que vale como exigencia filosófica, o lo que le da a la filosofía su poder de escritura y de ruptura, descansa en su capacidad de inscribirse en esas experiencias límite para invertirlas desde adentro. La filosofía no solo debe pensar esos límites, definirlos, concebirlos, criticarlos, sino que debe, sobre todo, acogerlos y librarse a ellos. Debe hacer la experiencia de esos límites como los límites mismos del pensamiento, de su poder y de su libertad. En suma, para escribirse a la altura de tal experiencia, el pensamiento debe pensarse en su ausencia de obra. Hacer la experiencia de esos límites o crear una relación de escritura con la locura, con lo imposible, con el encierro del afuera. Para el pensamiento filosófico, eso equivale a pensarse él mismo en su desaparición. En suma, ante el internamiento del pensamiento, la escritura filosófica no puede ya experimentar sus límites más que pensando las condiciones de su propia desaparición.

Traducción: L Felipe Alarcón

## Bibliografía

- Blanchot, Maurice. 1953. *Celui qui ne m'accompagnait pas*. París: Gallimard.  
———. 1959. *Le livre à venir*. París: Gallimard.  
———. 1969. *L'entretien infini*. París: Gallimard.  
———. 1986. *Michel Foucault tel que je l'imagine*. Montpellier: Fata Morgana.  
Foucault, Michel. 1966. “La pensée du dehors”. *Critique*, 229: 523-546.  
Lévi-Strauss, Claude. 1950. “Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss”. En *Sociologie et anthropologie* por Marcel Mauss, IX-LII. París: PUF.